tes. Y queda justificada así la omisión en estas Conferencias del estudio de la *vida universal*.

Teniendo presente esta distinción, dice con verdad *mi aprovechado discípulo (de enseñanza libre)*, se armonizan perfectamente sus bien expuestas observaciones con las *lecciones del maestro* (!).

Quien, si como tal no estampa aquí la nota que aquél merece, porque no es maestro del que tiene toda la autoridad legal y sobradísima personal para serlo suyo, cree, sin embargo, como amigo, deber consignar aquí su profunda gratitud al sabio profesor de Anatomía descriptiva y Rector dignísimo de la Universidad de Santiago, por la delicada atención que ha tenido de honrar y autorizar con algunas cuartillas de su bien cortada pluma este libro, el cual, si no es un *hermoso edificio*, como cree verlo la buena amistad del Sr. Romero Blanco, gracias á aquéllas presenta al menos una *hermosa fachada*, que le merecerá la benevolencia, que mucha necesita, de los hombres de estudio á quienes va dirigido.

FR. PLÁCIDO-ÁNGEL R. LEMOS.

A GUISA DE INTRODUCCIÓN

Jadhal beni lixmoajj musar lixgoth mehimrei dhajjath.

Menosprecia, hijo mío, los discursos que te aparten de las enseñanzas de la verdadera ciencia.

(PROVERBIO DE SALOMÓN).

«Llega el hombre hoy día á la edad de la razón de una manera tan complicada y tan artificial, que se precisa un esfuerzo no pequeño para distinguir las nociones que tienen verdadero valor intrínseco de aquellas que son puramente convencionales.»

Estas palabras del ilustre físico R. Pictet sintetizan, hablando en general, el estado de la cultura de la sociedad de nuestros días.

Preténdese de ordinario en los estudios un fin muy diverso del que les es propio, cuando no se les da, en fuerza de alguna preocupación, una tendencia del todo disolvente así en el orden especulativo como en el práctico; y de ahí la afirmación de Pictet, que apenas es dado distinguir las nociones verdaderas de las puramente convencionales.

Pretiriendo lo que pudiera decirse de aquellos estudios emprendidos con fines del todo ajenos á su propia razón de ser, como son los que se hacen para adquirir

determinadas posiciones sociales, que no llevan consigo, ni mucho menos, la perfección de los mismos, ó en virtud de lo que da en llamarse la lucha por la existencia, que hace del estudio un recurso para ganarse el sustento, ó también, como dice Malebranche, «que se emprenden más con el fin de adquirir fama de sabios que para fortalecer y engrandecer el espíritu; que convierten el cerebro en un almacén, donde se amontona sin orden ni concierto lo que tiene aspecto científico, ó más bien lo que es raro y desacostumbrado y puede excitar la admiración de los hombres;» pretiriendo, decíamos, lo que á los estudios hechos por tales motivos, extraños á su verdadero carácter, se refiere, no está fuera de propósito el que digamos algo de la otra finalidad que suele darse á los trabajos intelectuales y que hemos calificado de tendencia disolvente así en el orden de la especulación como en el de los hechos.

Mas para comprender de alguna manera el por qué de tal tendencia, fijémonos en dos clases de hombres de estudio, que se dedican á él con ánimo más ó menos deseoso de satisfacer la curiosidad innata á todo hijo de Adán y que es uno de los orígenes de la Filosofía.

Estudian unos la naturaleza al *detall*, y perdónesenos el galicismo; paran mientes en todo fenómeno y en cualquiera modalidad de su aparición; comprueban luego cuidadosamente los que son susceptibles de experiencia, y anotan con toda diligencia cuanto han podido observar, pero de ahí no pasan. Diríase de los tales, según la ingeniosa comparación del mencionado Pictet, «que son á manera de *touristes*, que anotan día por día todos sus gastos, las horas de llegada y salida de los trenes,

los días de lluvia, etc., sin fijarse en el país que recorren ni en el fin de su viaje.»

Otros hay que van mas allá: el contacto frecuente que el estudio les proporciona con la naturaleza les sugiere aquellos grandes problemas, tan antiguos como el mundo, acerca de la razón de nuestra existencia, la vida, la la libertad, etc., que ellos se proponen á sí mismos procurando investigar su solución, no sin cierta inquietud de ánimo, muy justificable en atención á la trascendencia de tales cuestiones. Acontece, sin embargo, que la significación que cada uno da á los términos mentales en que las proponen, no siempre es conforme con la verdad, influyendo en ello multitud de concausas subjetivas y objetivas, y de ahí que el resultado de tales investigaciones suele ser la duda más desconsoladora.

Es decir, que el trabajo intelectual de gran parte de los llamados hoy día hombres de ciencia se reduce á verificar y catalogar los hechos, convirtiendo á la inteligencia en algo así como un diccionario enciclopédico donde se encuentra inmensa multitud de especies de las cosas; ó si investiga sobre ellas, obtiénese como fruto la duda acerca de su verdadera razón de ser.

¿Y qué se debe esperar del trabajo intelectual de sujetos así dispuestos? ¿Acaso el fruto de la verdadera ciencia? No. Porque ésta es el conocimiento de la verdad, la cual no se adquiere mediante la sola colección de los hechos, sino que es necesario levantarse á las causas, investigar las leyes que los rigen, y luego, á la luz de las mismas, verificar el conocimiento de los fenómenos cuya contemplación determinó en nosotros el principio de su estudio.

Y por fenómeno entendemos no solamente los hechos que se realizan fuera de nuestro sér, afectando á

nuestros sentidos, sino también aquellos de que nos da testimonio la conciencia psicológica y sirven de base para el conocimiento de nuestro propio espíritu. Porque así como para el estudio científico de los fenómenos externos sensibles es necesario partir del conocimiento de los mismos en su sér concreto, y luego proceder según los principios señalados por la ciencia respectiva á cuyo objeto de atribución pertenecen, por análogo modo, para el estudio científico de los fenómenos subjetivos, es necesario partir del conocimiento del hecho concreto de los mismos. Unos y otros, debidamente conocidos, son la base de procesos racionales que disponen al espíritu para alcanzar el conocimiento de los aludidos problemas, de sumo interés para el hombre. No porque la ciencia humana pueda por sí sola resolverlos en toda la amplitud de su trascendencia, pero sí porque, al presentársenos insuficiente para satisfacer la curiosidad innata de nuestra naturaleza, prepara de algún modo el ánimo para que admita la necesidad de otra luz de más poderosos resplandores que ilumine los horizontes inabordables á la natural fuerza intelectiva de nuestro espíritu.

Esa luz es la fe divina.

Faro luminoso que enseña al hombre los derroteros que debe seguir así en la dirección de las fuerzas de la inteligencia como en el orden práctico, la fe divina, á más del conocimiento que nos da de las verdades del orden sobrenatural, que sólo mediante ella son alcanzadas por nuestro espíritu, completa las deficiencias de la ciencia humana acerca de las cosas, sirve de salvaguardia al entendimiento aún en los estudios que caen

de lleno debajo de sus fuerzas naturales; y sobre todo, es una luz que trasciende á todo cuanto existe, enseñándonos la razón de ser de todas las cosas y de nosotros mismos. Ella compendia el esencial porqué de la creación en este principio fundamental, que leemos en el Sagrado libro de los Proverbios: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus.*

Y el conocimiento de esta finalidad trascendental de todas las cosas es una luz que sirve de soberana ayuda en el estudio de las ciencias humanas; que si éstas tienen por sujeto la inteligencia, también la fe divina es hábito de la misma facultad del hombre. «Los católicos que cultivan las ciencias, escribía Pío IX al Obispo de Mónaco, conviene que tengan por norte la divina revelación que les guíe los pasos, porque, puesta en ella la mira, se aparten de los escollos del error.» Y el actual Pontífice León XIII, en la hermosa Encíclica que acaba de dirigir al pueblo cristiano acerca de Jesucristo, dice que en el objeto de las ciencias humanas hay muchas cosas para cuyo conocimiento y explicación da mucha luz la fe divina: *Sunt in natura rerum non pauca, quibus vel percipiendis, vel explicandis plurimum affert divina doctrina luminis.*

Por eso cuando la inteligencia se ve privada de tan luminoso manantial, fácilmente la envuelven los densos vapores que levantan las pasiones del hombre, no pudiendo éste conocer las cosas ni conocerse á sí mismo sino á través de aquellos y por ende, de manera errónea, en fuerza de una que diríamos *refracción psicológica,* cuyos resultados en el orden intelectivo pueden analogarse á los de la refracción de la luz en el orden sensible.

El hombre entonces ignora en las cosas el elemento teleológico, ó sea la razón de su última finalidad, y no reconociendo tampoco superior á sí propio, desconoce á Aquél que las sacó de la nada y las puso en condición de que sirviesen al hombre para conocer y amar á su Autor; y no para ahí, sino que, con insolente arrogancia, niega á Dios el servicio que le debe toda criatura, levantándose contra Él y pretendiendo que el conocimiento de las mismas sirva de arma poderosa para desterrar del mundo la creencia en Dios y la práctica de sus divinas leyes.

He aquí la tendencia disolvente á que hemos aludido antes, que muchos dan al estudio de la ciencia, con menoscabo de la ciencia misma, como por lo dicho se echa de ver, y que lleva además por necesidad de consecuencia á la destrucción de toda sociedad. Esa ciencia, si así puede llamársela, está maldita por el mismo Dios; y á ella alude el Señor con aquellas palabras de Isaías: *perderé la sabiduría de los sabios,* es decir, la de aquellos que *son sabios y entendidos á sus propios ojos,* que habiendo podido conocer á Dios en sus obras, que tanto más admirables aparecen cuanto más se las estudia, han cerrado voluntariamente los ojos para no ver, y le han negado la gloria que como á Autor de tantas maravillas le pertenece. En justo castigo de tal soberbia, con frecuencia permite el mismo Dios que no alcancen la verdad, y que se vean hombres ilustres por talento y erudición, incurrir, al estudiar la naturaleza, en errores más crasos que ningún otro hasta ahora conocido: *Nec raro,* continúa el Sumo Pontífice en el citado documento, *poenas de superbia sumpturus, sinit illos Deus non vera cernere, ut in quo pecant, in eo plectantur. Utraque de causa permultos saepe videre licet magnis ingeniis exquisitaque eruditione praeditos, tamen in ipsa exploratione naturae tam absurda consectantes, ut nemo deterius erraverit.*

Por eso todo trabajo dirigido á neutralizar esa tendencia antirracional, dando á las cosas su verdadero valor, es digno de loa; merece bien de la ciencia misma, á la cual se la pone en el único camino que conduce á la verdad; de la sociedad, que en la purificación y recto enderezamiento de las ideas encuentra el germen de la justicia de los hechos; y, sobre todo, de Dios, á quien de esa suerte se refiere toda verdad que en las criaturas es conocida, glorificándole como á Autor soberano de todas ellas.

Y con esto hemos indicado, siquiera por manera muy imperfecta, la importancia del *Ateneo León XIII*, fundado en feliz hora para la Religión y los buenos estudios en Santiago de Galicia. Porque el fin de esta Sociedad científico-religiosa no es otro que fomentar el cultivo racional y serio de las principales disciplinas del saber humano, estudiadas siempre bajo la trascendental iluminación de la fe, inseparable de la ciencia verdadera.

Y cuán bien el *Ateneo León XIII* haya realizado hasta ahora la misión que su naturaleza entraña, harto sabido es por cuantos han seguido paso á paso sus trabajos desde la fecha de su fundación hasta el presente.

Por demás está decir, que entre estos trabajos no contamos los humildes frutos de nuestro estudio, que la

buena amistad de varios señores ateneistas, secundada por nuestros superiores, ha querido que fuesen objeto de la ilustrada atención de los individuos del *Ateneo León XIII;* no parando ahí, con ser ya demasiada, tanta benevolencia, pues han querido, además, con una insistencia digna de mejor objeto, que las mal perjeñadas cuartillas de nuestros trabajos se hagan del dominio público mediante la prensa. Empeño que si nos honra muchísimo, obligando nuestra gratitud, no puede menos de humillarnos en nuestro propio concepto, pues con toda sinceridad reconocemos el valor escaso, por no decir nulo, de estas Conferencias, en las cuales hemos debido de entrar muchas veces en análisis de asuntos que no pertenecen á los principales estudios de nuestro estado, ni tal vez á los de nuestra mayor afición, siquiera razones particulares nos hayan obligado á dedicar á ellos algún tiempo más del que aquél exige y ésta espontáneamente consentiría.

Y basta lo dicho para justificar la publicación de este trabajo, al cual hemos puesto bastantes notas, unas en gracia de los lectores menos versados en ciertos estudios á que se alude en las Conferencias, y otras para fijar mejor el sentido de varias afirmaciones que hacemos como necesarias en el desenvolvimiento del plan de aquéllas, pero que no podrían ser explicadas con el conveniente detenimiento en el texto, sin menoscabo de la ilación y claridad del desarrollo.

Supuesto lo cual, creemos oportuno indicar el fin intrínseco, ó sea la tendencia que nos hemos propuesto dar á estas Conferencias. Como en la introducción á la primera decimos, resiéntense, en general, los estudios de las ciencias de la naturaleza de la falta de la conveniente preparación filosófica en los que á ellos se dedican; de ahí procede la ligereza con que se interpretan los fenómenos y sus modalidades, la prematura inducción de las leyes que los rigen, y el caprichoso acomodamiento de los mismos á ideas preconcebidas. ¿Y á esto hemos de llamar ciencia...?

La ciencia propiamente dicha es la síntesis; para alcanzar sus alturas, tratándose de ciencias de la naturaleza, precísanse dos elementos: el material, que suministra la observación y la experiencia, y el formal, que radica en el entendimiento que observa y experimenta. Muy necesario, indispensable es observar y experimentar, pero no lo es menos tener preparado convenientemente el ánimo para descubrir en los hechos sensibles la ciencia de los mismos, á no ser que digamos que la ciencia es un mero conjunto de fenómenos, ó que nos expongamos á que el *sabio* nos venda por ciencia lo que es pura invención de su miope inteligencia, no dispuesta convenientemente para descubrir la verdad de las cosas.

Estas consideraciones nos han movido á hacer que nuestro humilde trabajo sea algo así como *una inyección*, siquiera muy atenuada, de Filosofía cristiana, la única poseedora del verdadero raciocinio inductivo, digan lo que quieran los enemigos sistemáticos de la Escolástica, en algunos de los estudios de las ciencias de la naturaleza; hemos querido, diremos apropiándonos las palabras con que R. Pictet expone el fin que le movió á escribir un libro contra el materialismo, «hacer una *obra de tendencia;* deseamos gritar con todas nuestras fuerzas: *desengañaos (casse cou),* á esos pobres jóvenes que, habiendo penetrado en la atmósfera deletérea del *schopenhaurismo,* muérense de inanición á fuerza de verdaderos suicidios morales. Intentamos suministrar á

esos agonizantes un *cordial* que restablezca la circulación en sus entorpecidos miembros y les devuelva la primitiva vitalidad, mediante la conciencia de su individualidad propia».

Lo que de nuestro trabajo pueda conseguirse con este fin poco será ciertamente, dada nuestra insuficiencia para realizarlo cual conviene; pero en él creemos no habernos apartado en nada de nuestro estado, pues sabida cosa es que el estudio serio de la naturaleza, inseparable de la sana Filosofía, en cuyos campos hemos espigado algo al preparar estas Conferencias, conduce al espíritu por la senda de la verdad y le dispone para recibir con racional y humilde sencillez la palabra de Aquel que es llamado *Verbo del Padre*, por quien han sido hechas todas las cosas, y á las que sostiene en la existencia con su omnipotente virtud.

Cae, pues, de lleno dentro del radio de acción del sacerdocio católico, á cuyo ministerio hemos sido llamados, aunque indignísimos, por la amorosa Providencia de Dios, todo trabajo que tienda á levantar los ánimos al conocimiento de la verdad y les impida ser envueltos por la fuliginosa atmósfera que rodea las cosas en la consideración de los que no ven en ellas el *resplandor del Ejemplar divino,* que dijo en hermosa frase nuestro seráfico San Buenaventura: *Sursum mentes:* arriba las inteligencias, pretendemos decir en estas páginas á los hombres de estudio, para luego perfeccionar la obra y poder decirles con la Santa Iglesia: *Sursum corda.*

¡Dichosos los sabios que á ambas invitaciones puedan responder con sinceridad: *habemus ad Dominum!*

¡Quiera Dios, Señor de las ciencias, bendecir nuestros pobres trabajos que emprendimos y realizamos á mayor gloria suya, procurando el bien de las almas!

LA VIDA ORGÁNICA

EN SÍ MISMA Y EN SUS MANIFESTACIONES

CONFERENCIA PRIMERA

Concepto genérico de la vida y su especificación en los séres vivientes.

SUMARIO.—1...—2. Justificación del tema elegido para estas Conferencias.—3. Sentido que en él se da á la palabra *vida*.—4. Ni la Filosofía cristiana ni la Teología católica son enemigas de las ciencias físico-naturales.—5. Muchos naturalistas, en cambio, rechazan sistemáticamente todo lo metafísico.—6. Protesta.—Tema de esta Conferencia.

I. *Concepto genérico de la vida.* 7. Es eminentemente filosófico.—8. Manifiéstase la vida más aparentemente en el movimiento propio local de los animales.—9. Elementos integrantes del mismo.—10. ¿Cuál es el propiamente vital?—11. Doble concepto esencial que entraña la noción de vida.—12. El cual no conviene á los séres inorgánicos.—13. Finalidad de los movimientos inorgánico y vital.—14. Conclusiones que expresan la diferencia entre ambos.—15. Generalización del concepto de movimiento vital, y definición genérica de la vida.

II. *El principio vital.* 16. Constitutivos material y formal del viviente organizado.—17. Conclusiones importantísimas.—18. Equivocación que padecen muchos fisiólogos notables.—19. Crítica de las nociones de vida que establecen los mismos.—20. Magníficas palabras del venerable franciscano Duns Escoto acerca de este asunto.

III. *Especificación primaria de la vida.* 21. Criterio que ha de seguirse.—22. Especificación de la vida atendiendo á la amplitud del movimiento vital.—23. Idem por razón del grado de inmanencia del acto del mismo.—24. Conclusión.

SEÑORES:

1. Al ocupar por vez primera este distinguido lugar, y tener que dirigiros la palabra sobre cuestiones en las que podéis ser maestros míos, yo, con mayor razón que otro alguno, debiera dar principio á mi pobre Conferencia con el obligado párrafo en el que se hacen protestas de insuficiencia propia, y de algo así como de cierta